

Historias Acuarianas Para Niños

Fuente de la Amistad por John Scott Douglas

Nubes de polvo eran levantadas por las grandes ruedas de hierro de la carreta mientras los bueyes cansados subían la pequeña cuesta. Prudence Downey caminaba trabajosamente por la arena caliente, agradecida por la breve sombra que le daba la esquina de la carreta cubierta que se bamboleaba.

Su hermano Hedley gritaba ánimos a los bueyes, con su voz sonando ronca y apagada en el silencio del desierto. En la cima de la cuesta, se desvió hacia uno de los surcos y gritó: "¡Whoa!" Prudy caminó hacia adelante para ver si estaba haciendo espacio para que pasara otra carreta.

Sus ojos azules y alertas captaron la escena al frente de un vistazo. El alto pico de roca se alzaba solo en la llanura reseca y marcaba el punto donde se dividían dos caminos. Uno iba hacia el sur, a través de depósitos de álcali blanco. El otro camino bordeaba la base de una cadena montañosa quebrada hacia el norte; montañas rojas y amarillas que brillaban en las ondas de calor.

Justo debajo de ellos, una carreta subía trabajosamente la cuesta en la que se habían detenido. Una mujer demacrada y una muchacha de mejillas hundidas, de la edad de Prudy más o menos, caminaban junto a dos bueyes flacos. La derrota estaba escrita en cada línea de los dos desconocidos que se acercaban: en sus hombros caídos, sus rostros abatidos, sus pasos lentos.

—No vayas a empezar una conversación —dijo Hedley—. No tenemos tiempo que perder si vamos a alcanzar nuestra caravana.

Prudy miró a su hermano con sorpresa. El tono y las palabras no eran propios de él. Aunque era solo un año mayor que ella, parecía haber envejecido años en las últimas semanas. No era para menos, pensó Prudy. Era demasiado joven para tanta responsabilidad. Pero no era el envejecimiento lo que preocupaba a Prudy. A medida que el rostro moreno de Hedley se volvía más demacrado y sus ojos más cansados, también se había ido toda la amabilidad de él. De alguna manera, se había endurecido, y eso era lo que más preocupaba a Prudy.

Cuando la carreta se acercó más, Prudy pudo oír un ruido chirriante que a veces se convertía en un chillido. Notó que la rueda trasera derecha de la carreta que se acercaba a veces no giraba en absoluto. Se arrastraba por la arena, dificultando aún más el trabajo de los bueyes.

La mujer y la muchacha no levantaron la cabeza mientras desviaban los bueyes para pasar. El corazón de Prudy se encogió ante su indiferencia, porque la reconoció como la indiferencia del cansancio absoluto.

—Disculpe —dijo Prudy impulsivamente—. Pero ¿no sería más fácil si esa rueda trasera estuviera engrasada?

El sombrero de sol se levantó y Prudy vio los ojos de la mujer chispear.

—¿No eres muy lista? —preguntó con brusquedad.

—Sé que ustedes no tienen grasa —dijo Prudy rápidamente—. Pero nosotros tenemos un poco para dar. Sé que mi hermano estaría encantado de engrasar su rueda.

La mujer miró el rostro ansioso y sonrojado de Prudy, y luego dos lágrimas rodaron por sus mejillas bronceadas.

—Perdóname, niña. Estoy tan completamente agotada que no reconozco la bondad cuando me llega. Estaría muy agradecida si tu hermano lo hiciera.

Prudy se alegró de que la mujer no notara la mirada oscura de fastidio de Hedley. ¡El tiempo era tan precioso!

La mujer caminó para hablar con la madre de Prudy, que estaba guiando los bueyes porque se había cansado demasiado para caminar. La muchacha se acercó a Prudy, levantando grandes ojos oscuros.

—Debes disculpar a mi madre —dijo ansiosamente—. Normalmente no es así. Pero... perdimos a mi padre.

La muchacha señaló vagamente hacia las montañas que se oscurecían en la distancia hacia el oeste.

—Hay mucho cólera en las caravanas de emigrantes —dijo Prudy con simpatía—. Mi padre también lo tuvo... y no había nada que pudiéramos hacer.

—Lo entiendo —dijo la muchacha.

—Perdimos la caravana con la que viajábamos —explicó Prudy—. Se nos rompió un balancín y tuvimos que parar mientras Hedley hacía uno nuevo.

—¿Piensan tomar el camino del sur en la Roca Pinnacle? —preguntó la muchacha.

Prudy asintió.

—Solo nos queda un barril de agua. Tenemos que conseguir más en el Manantial Sultry.

La otra muchacha levantó la vista rápidamente.

—Nosotros vinimos por ese camino. El Manantial Sultry está seco —añadió en un susurro ronco—. Quizás encuentren agua en el camino del norte. No lo sé.

Hedley había terminado de engrasar la rueda. Sonriendo, la mujer y la muchacha les dieron las gracias.

—Encontrarán la caravana solo un día delante de ustedes —dijo la muchacha.

La rueda ya no crujía ni se arrastraba. Mientras observaba su avance, Prudy vio que la mujer y la muchacha ya no miraban al suelo. Caminaban erguidas, con la vista al frente. Sintió una pequeña oleada de triunfo al darse cuenta de que había ayudado a levantarles el ánimo.

Cuando se dio la vuelta, vio a Hedley mirando fijamente una mancha oscura debajo de su carreta. De repente, corrió hacia la parte trasera, la escaló, y cuando Prudy llegó a la parte posterior de la carreta, Hedley estaba sacudiendo un barril, con el rostro casi infantil en su desesperación.

—¡El tapón se salió del último barril de agua! ¡No queda ni una gota! ¡Y mientras nuestros bueyes están casi rendidos, tú te quedas hablando!

—Esos desconocidos necesitaban nuestra ayuda —dijo Prudence.

—Tenemos que llegar al Manantial Sultry antes del anochecer.

—Esa mujer y su hija vinieron por el camino del sur, Hedley. El Manantial Sultry está seco.

Dejó caer el barril, con los ojos aterrados.

—¿Seco?

—La muchacha pensó que tal vez encontraríamos agua en el camino del norte.

—No —dijo roncamente—. La guía de los emigrantes no dice nada sobre agua en el camino del norte. Esto es lo que obtenemos porque tienes que retrasarnos para hablar con cada desconocido que encontramos.

Los ojos de Prudy ardían.

—Hedley, estás molesto. Además, habríamos tomado el camino del sur si no hubiera hablado con esa muchacha.

—Quizás eso sea cierto —dijo con vehemencia—, pero no tenías excusa para estar parada charlando media hora ayer con ese viejo comerciante arrugado.

—Pero él estaba deseando que alguien le hablara, Hedley. Su rostro se iluminó tanto cuando me detuve a hablar con él. Además, tenía muchas cosas interesantes que decir sobre el país que tenemos por delante.

—Interesantes quizás, pero eso hace perder tiempo.

Observó con los ojos ardientes mientras él saltaba al suelo. Tímidamente, le tocó el brazo. Él se volvió, frunciendo el ceño.

—Hedley, no nos endurezcamos. No importa lo mal que estén las cosas. Si no puedes dedicar tiempo a una palabra amable o a una acción bondadosa en el camino, entonces no estás realmente viviendo.

Él la miró, sin inmutarse.

—Tienes que cuidarte. No puedes estar siempre cargando con los problemas de los demás.

Caminó adelante. No habló cuando tomó el camino del norte en la Roca Pinnacle, ni durante las horas en que avanzaban lentamente por la base de los imponentes acantilados. El calor se reflejaba en los acantilados como en un horno. Más de una vez Prudy miró ansiosamente a su madre, porque los labios de su madre ahora estaban apretados. Pero la muchacha no dijo nada. Sabía la sed de su madre, pero no había nada que pudiera hacer.

Finalmente, Hedley detuvo los bueyes. Sus ojos estaban desorbitados por el miedo. Prudy caminó hacia adelante y un escalofrío le recorrió la espalda. Las lenguas de los bueyes colgaban de sus bocas y temblaban.

—Solo un día nos separa de nuestra caravana —croó Hedley roncamente—. Pero los bueyes no van a lograrlo a menos que consigan agua.

Los ojos de Prudy recorrieron la llanura reseca y luego se dirigieron a las laderas de arriba. Cañones secos, erosionados por los aguaceros primaverales de siglos. Artemisa, cactus y pasto marrón, excepto en un cañón donde había un único árbol verde visible.

—Desengancha uno de los bueyes —dijo Prudy rápidamente—. Átale un barril a la espalda de alguna manera. Creo que sé dónde hay agua.

Hedley protestó mientras ella guiaba el camino por un cañón seco. Dos curvas, tres... sin señal de agua. Prudy insistió en continuar, aunque a Hedley le costaba cada vez más guiar al buey sobre las piedras ásperas. Media hora más tarde llegaron a arena húmeda donde había corrido agua no muchas horas antes; más allá, a un cuarto de milla, había un arroyo claro.

Bebieron, dejaron beber al animal y luego llenaron su barril con agua. La siguiente vez que Prudy bajó la cabeza para beber, Hedley le empujó la cara dentro. Resoplando, Prudy metió la mano en el arroyo para salpicar a su hermano. De repente, se enderezó, con los ojos brillantes.

—¡Oye, Hedley, te estás riendo! Han pasado semanas desde que...

—Supongo que tengo una razón para reírme.

Excepto por la delgadez morena de su rostro, parecía casi juvenil de nuevo.

—¡Nuestros peores problemas han terminado! Prudy, ¿cómo sabías que había un manantial aquí arriba? No hay señal de agua abajo.

Los ojos de Prudy estaban muy abiertos y brillantes.

—¡Tenía que haber agua aquí arriba! ¿Recuerdas a ese viejo comerciante solitario y arrugado con el que hablé ayer? Me dijo muchas cosas útiles. Entre las cosas que me dijo estaba esta: si encuentras arbustos o árboles de un verde más oscuro que la vegetación circundante, como en este cañón, sabes que debe haber agua allí.

—¡Hum! —dijo Hedley—. Y yo dije que estabas perdiendo el tiempo siendo amable con la gente.